

X
SEGUNDA PARTE
De Don Jacinto del Castillo, y Doña Leonor de la Rosa



YA dize el primer Romance
como van por el camino
Don Jacinto con Leonor,
ambos del amor rendidos.
Apenas el claro dia
daba luz á los nacidos,
del camino se apartaron,
y entre unos asperos riscos,
en una aspeña montaña
se quedaron escondidos.
Pidió Leonor, que en merced
la conceda Don Jacinto
guardeffe la castidad,
hasta que el Cielo Divino
les heche su bendicion.
Esto, señor, os suplico,
porque quiero que me goces,
no galán, sino marido;
y como hombre discreto
lo concedió Don Jacinto,
(que los generosos pechos
saben venderse á sí mismos.)
Llegó la noche, y caminan,
y de la suerte que digo
llegaron hasta Bayona,
(que es Puerto de Mar muy rico)
á tiempo, que un Mercader
salía con su Navio

á la Ciudad de Venecia,
con que ajustó Don Jacinto
el viage, y se embarcaron
con contento, y regocijo,
haciendose á toda vela,
surcan el mar cristalino;
pero traxo la desgracia
dos Navies Argelinos,
les cercaran por todas partes;
con que aprefan el Navio,
y despues de aprisionados
con cadenas, y con grillos,
dieron en Argel con ellos,
y á pregon fueron vendidos.
A Jacinto, y á Leonor
los compró un Turco muy rico,
el qual los presentó á Zayda,
por la estimacion que hizo:
es del Rey de Argel hermana,
hermosa como el Sol mismo,
la qual contenta, y alegre
recibió los dos Cautivos:
estimó mucho el presente;
y así que la Turca vido
la belleza de Leonor,
lo bien dispuesta, y el brio,
la hizo Dama de su estrado;
y viendo de Don Jacinto

Es gasta, y lo bizarro,
 lo discreto, y entendido,
 lo hizo su Mayordomo:
 También juntamente hizo
 de que la Araviga lengua
 le enseñase al provisto.
 Tan buena cuenta le daba
 cuidadoso, y discursivo,
 que ya Zayda se abrazaba
 en amores del Cautivo.
 Se quejaba una mañana
 á sus solas Don Jacinto,
 pensando nadie le oía,
 aquellas palabras dijo:
 Sacratísima MARIA,
 á vuestro Divino auxilio
 apela un desconsolado,
 pues socorred asilidos,
 consolad mi corazón.
 Madre del Verbo Divino,
 oen de mi misericordia;
 y si á tu santo servicio
 convenga el que yo padesca,
 padesca, que es gusto mio:
 lluevan sobre mi trabajos,
 y los mas fuertes martirios,
 que ha inventado la Heregia,
 pues lo tengo merecido:
 Zayda, que escuchando estaba
 los Lamentos de Jacinto,
 entró con semblante alegre,
 diciendo: Christiano mio,
 qué tienes, que así te quejas
 horroroso, y enternecido,
 que puedes al duro bronce
 ablandar con tus suspiros?
 Con humildad la responde:
 Estaba pasando el libro
 de mis trágicos sucesos,
 y en pasando me asijo.
 Serás casado en tu tierra?
 Nunca, señora, lo he sido.
 Tendrás amor en España?
 es verdad que lo he tenido;
 pero a ra no le tengo,
 porque los conceptos míos
 están todos en Argel,
 este es el dolor que gimo,
 Zayda muy vergonzosa,

le dice: Mira, Cautivo,
 si tu olvidas á tu Dios,
 y sigues la ley, que digo,
 de mi Profeta Mahoma,
 tu te casarás conmigo,
 gozarás muchas riquezas,
 te daré muchos Cautivos,
 también te daré el gobierno
 de aqueste Reyno lucido:
 esto has de hazer, no lo dudes,
 esto te está bien, Jacinto.
 El qual respondió muy triste,
 formando un triste suspiro:
 Como quieres que yo olvide
 á un Dios de gracia infinito?
 A un Dios, que por su Bondad
 quiso con su Amor Divino
 redimirme con su Sangre,
 por librarme del Abismo?
 Como puedo ser ingrato
 á quien tanto bien me hizo?
 Calla, infame, no prosigas,
 que á no hazer lo que te digo,
 con la vida pagarás
 la colera que reprime.
 Dexa, Christiano, tu Ley,
 veneste á lo que te digo,
 que el que sigue á mi Mahoma
 goza bienes infinitos;
 si no lo quieres creer,
 tendrás el mayor castigo,
 que se aya visto en Argel.
 Y replicó Don Jacinto:
 No dexaré yo mi Ley,
 que esto fuera un barbarismo,
 aunque mil vidas tuviera,
 que rendirle en sacrificio:
 La Ley de Dios resplandeca,
 que Mahoma es un maldito,
 sígueme, que irá tu alma
 á los profundos Abismos.
 Con esto Zayda indignada
 salió á fuera dando gritos:
 Ha de mis Soldados, ola:
 ha de mi Guardia, y Ministros
 venid, prended al instante
 á este Christiano atrevido,
 que quiso soberbio, y loco,
 violentar el honor mio:

tome mi hermano venganza
 de aqueste infame Cautivo,
 que no es razón que se quede
 esta maldad sin castigo.
 A las voces acudieron,
 y prenden á Don Jacinto,
 y sin hazer mas probanza,
 que lo que la Turca dixo,
 le sentencian á quemar
 por blasfemo, y por lascivo.
 Dexemos en la prisión
 entre cadenas, y grillos
 á Don Jacinto, y pasemos
 á la Dama, que es preciso,
 porque en este mismo tiempo
 estaba el Moro encendido
 en amores de Leonor,
 y que estaba tan perdido
 trazando por mil maneras
 el rendirla á su apetito.
 Persuadióla muchas veces
 mostrandose amante fino;
 pero la discreta Dama
 nunca dió á su amor oído.
 Un día la cogió azúl,
 que la desgracia lo quiso,
 encerróla en su retrete,
 y estas palabras la dixo:
 Hermosísima Leonor,
 rémora de mis sentidos,
 así desprecias á un Rey,
 Señor de tal poderio?
 Reniega de Dios, reniega,
 que haciéndolo que te digo,
 tendrás Reynos, y Vasallos,
 joyas, diamantes, zafiros,
 pues siendo tu amante un Rey,
 todo estarás á tu servicio;
 y pues tengo en parage,
 que por imposible miro
 de mi te puedas librar,
 he de hazer el gusto mio,
 sin que tus suerzas te valgan,
 no te aprovechen los gritos:
 esto ha de ser de por fuerza,
 si no quieres por carinos,
 y advierte, que yo soy Rey,
 en mis gustos tan altivo,
 que á no hazer lo que te mando,

será tu fiero enemigo.
 Qué me respondes, Leonor?
 Y ella suspirando, dixo:
 Esto es cansar tu en vano,
 y lo tengo á desvario
 el pedirme, que reniegue
 del Señor, que al mundo hizo.
 En quanto al querer gozarme,
 esto, señor, bien lo afirmo,
 que ha de ser muy imposible
 el recabarlo conmigo.
 Confieso de que tu eres Rey,
 y como Rey, señor mio,
 la vida podrás quitarme,
 pero no el honor que estimo.
 Viendo el Moro de Leonor
 la dureza, con lo esquivo,
 fue á asirla para forzarla,
 y ella viendo su peligro,
 sacó al Moro de la cinta
 el alfanje Damascuino.
 Prosigue el Moro en su intento,
 y ella resuelta le ha dicho:
 Así defendiendo mi honor,
 aun de los Reyes lascivos,
 y con un fiero revés
 le dexó un brazo en un hilo.
 Viéndola el moro resuelta,
 y viendose mal herido,
 comenzó á llamar á voces
 á su Guardia, y luego vino:
 A esta homicida Christiana
 prendedla, Soldados míos,
 y haced, que rinda la vida
 entre crueles martirios,
 pues es su intento el matarme,
 con el mismo alfanje mio:
 como en la mano le tiene,
 le comprueban el delito:
 vén al Rey, que está mortal,
 y con su sangre teñido:
 prendieronla, y la llevaron
 adonde está Don Jacinto.
 De que se vieron los dos,
 ambos lloran hilo á hilo:
 Jacinto siente á Leonor,
 y Leonor llora á Jacinto,
 le dice: Esposo del alma,
 ya se cumple el gusto mio,

ya estoy condenada á muerte,
 pues voy á morir contigo,
 y esto por guardar mi honor
 del Rey, que gozarme quisó,
 y porque no renegué
 de la Ley de Jesu-Christo.
 Esta es la postrera vez,
 que hemos de hablar, dueño mio:
 ya no nos veremos mas,
 pues nos espera el suplicio:
 ya la muerte nos aparta,
 pues la suerte no ha querido,
 que nos gozemos casados,
 y llorando se han pedido
 el uno al otro perdon,
 y se perdonaron finos,
 y abrazados tiernamente,
 se dicen enternecidos:
 Ten animo, esposa mia,
 ten tu valor, dueño mio,
 que para Dios, todo es nada,
 ya es nuestro intento cumplido:
 sirva este abraza de Yugo
 los suspiros de Padrinos,
 sea nuestro amor las Arras,
 nuestra firmeza el Anillo,
 nuestras congojas la mano,
 las lagrimas los testigos,
 el talamo nuestras penas,
 la Bendicion los martyrios,
 pues con martyrios se curan
 yerros, que hemos cometido.
 Y á la siguiente mañana
 los infernales Ministros
 sacan á estos dos Amantes
 de donde estaban metidos,
 á cumplirles la sentencia
 en derecho á sus delitos,
 y executan con Leonor
 el mas enorme castigo,
 que las plumas escrivieron,
 ni Christianos han oido.
 Encima de un Carromato
 traian apercebidos
 con dos palos de palo en el pa,
 y luego entre ambos lo cinco
 á Leonor la desventurada
 desbencollan y á la vida,
 hasta que en el campo se desvan.

enfadados al gentío.
 Quatro beaños de limbo
 llevaban en el circuito,
 y con tenazas ardiendo,
 los infernales Ministros
 de sus delicadas carnes
 la van tirando pellizcos.
 Decia la triste Dama
 con dolor tan excesivo:
 Ay, ¡sea por la Pasión,
 que padeció Jesu-Christo!
 Alzó los ojos al Cielo,
 dixo: Dios, y Señor mio,
 Inmenso Rey de la Gloria,
 este afrentoso martyrio,
 esta vida, estas penas
 os ofrezco en sacrificio,
 en recompensa, Señor,
 de mis culpas, y delitos.
 Desta manera llevaban
 por delante á Don Jacinto,
 y deste modo llegaron
 á el incendio prevenido,
 de todos apedreados,
 desde el mas viejo al mas niño.
 Llegaron ensangrentados,
 y luego aquellos malignos
 los junan por las espaldas,
 muy fuertemente ceñidos,
 y á el incendio los arrojan,
 y entrambos arrojados,
 entre las llamas dezan:
 Inmenso Dios Infinito,
 misericordia, Señor,
 clemencia, y perdon pedimos
 en vuestras Manos, mi Dios,
 nuestras almas remitimos;
 y desta suerte acabaron
 los dos Amantes tan finos.
 Una voz se oyó en el ayre,
 que con claras voces dixo:
 Subid, Martyres, subid
 á gozar del Cielo Impyreo.
 Tomen exemplo los padres,
 que violentan á los hijos,
 para que toman estado,
 de algun interés movidos,
 para que tenga con esto
 el Romance finiquito.